

## LOS PROTAGONISTAS

### I

Emigdio González Adame, descendiente de un caballero templario que decidió faire l'Amerique en la primera mitad del siglo XVI, vio la luz en una fecha intermedia entre el colapso sísmico de 1985 y la convulsión social de 1988 ocurridos en la ciudad de México. El 6 de junio de 1986 tuvo lugar, en efecto, el nacimiento de este bebé que vino al mundo bajo el signo de la inestabilidad, la zozobra y el difícil reacomodo de valores de la sociedad mexicana. Dado el matrimonio bien avenido de sus progenitores, la fortuna paterna y el enorme cariño de su madre, se diría que un futuro halagüeño se presentaba a las pupilas y hormigueaba a los pies del recién nacido. Pero no. Muy pronto, y de manera imprevista, el destino vio con malos ojos este proyecto de felicidad, apretó los músculos y lanzó su zarpazo.

Una de las más hermosas carreteras de la República ya se hallaba en aquella época, como ahora, en desuso: la que, arrancando de Ciudad Hidalgo, une al Distrito federal con Morelia y que se conoce con el nombre de "Mil cumbres". Dos son las razones, al parecer, que conspiraron y lo siguen haciendo contra el

tránsito normal en esta vía de comunicación: el mareo y el peligro. La gente no quería y no quiere viajar por este laberinto de curvas porque se le revuelve el estómago y el ánimo y porque, dado que no es muy amplia, y siempre fue y continúa siéndolo de doble tránsito, la carretera se ha abierto al recorrido constante del peligro, el más fiel de sus viajeros.

Los padres de Emigdio, de buen estómago y dueños de un afán siempre renovado de experimentar de cuando en vez esos atracones de belleza que proporcionaba el tramo de "mil cumbres" -con las montañas, los árboles, las nubes y el plato fuerte: el firmamento- gustaban de recorrer con alguna frecuencia ese camino y pasar unas horas de franco deleite. La imprudencia del chofer que guiaba el automóvil de los padres de Emigdio fue el causante, el 7 de mayo de 1997, de que la carretera engrosara la lista de sus víctimas y dejara en una orfandad de padre y madre a nuestro joven que a la sazón no llegaba a los once años.

## II

La tía Elena, hermana de la madre, decidió hacerse cargo del chiquillo. Las razones por las cuales llevó a cabo la adopción se basaban no sólo

en un sentimiento solidario y un espíritu caritativo -el propio de la mujer cristiana que siempre había pretendido ser-, sino en el convencimiento interior, no revelado a nadie, de que, con tal acto, aparecía ante todos como una mujer bondadosa y hasta admirable.

Inmediatamente después del sepelio, Emigdio, acompañado de una sirvienta, abandonó la capital de la República y llegó a la ciudad de San Luis Potosí, donde vivía la tía Elena en un caserón amplio, de muros sólidos y ventanas espaciosas, ubicado en el centro de la ciudad.

Elena no fue muy consciente al principio de que, al franquear el muchacho el umbral de su puerta, se iniciaba una nueva fase en su vida de mujer soltera y egoísta. No cayó en cuenta de que por fin entraba por el portón de su casa el sentido de su vida.

Esta nueva fase trajo consigo una alteración de actividades y una nueva idea del tiempo. Ya no derrochaba buena parte de la mañana en vestirse, acicalarse, sumergirse en la perfumada alquimia de los afeites, escuchando atenta y respetuosamente las voces, los consejos, el mal humor del espejo. Ya no salía de compras hacia el medio día con el propósito de hallar en los escaparates, en las mercaderías y

en el regateo una manera siempre eficaz de adormecer el fastidio cotidiano. Ya las visitas a la manicurista de la esquina, al sastre de Abasolo, a la confitería de Madero, y hasta a las amigas del "voluntariado" y la canasta, se fueron espaciando gradualmente hasta desaparecer del todo, o casi todo, mientras que su preocupación por la salud, la indumentaria y la limpieza del cuello (de la carne y de la camisa de su cada vez más amado sobrino, ocupó de lleno el lugar de los intereses, ires y venires e inquietudes que hasta aquí la había embargado. No obstante, hubo un sitio que no dejó de frecuentar: el confesionario. Ahora le interesaba el trato con el padre Farías por distintas razones a las del pasado: deseaba que el sacerdote le ayudase en la ingrata tarea de esculpir en el cuerpo del hilo de su hermana un alma buena, recta, piadosa y útil en la vida.

-El muchacho no sabe nada, lo que se dice nada, de las buenas costumbres, de la moral, de la religión ni -con perdón de Clarita- de la preparación para lo porvenir -murmuraba ante el oído displicente del confesor.

El padre Farías convenció a su feligresa de que el chico a su cargo debía recibir la instrucción indispensable para llevar a cabo su primera

comuni3n y que, para ello, resultaba conveniente que la tía lo instara a aprenderse de memoria algunas oraciones famosas, lo condujera de la mano por los vericuetos de la historia sagrada y le permitiera acceder al entendimiento y evaluaci3n correcta de los mandamientos, pecados, virtudes, sacramentos, fiestas de guardar, etc3tera, que presupone el insoslayable conocimiento de la doctrina.

-No te olvides de enseararle a rezar -dijo el padre al final de la sesi3n.

La parte m3s atractiva del día tanto para Elena como para el sobrino era la hora del baño. Desde el momento en que ella elevaba la voz cantarina de:

-¡Al baño!,

que deambulaba por los cuartos, se introducía por las rendijas de las puertas, y sabía encogerse o expandirse para atravesar por agujeros, cerraduras, corredores, bajar paso a paso las escaleras y llegar a las orejas sensibles y entusiastas del sobrino, se abría la posibilidad cotidiana del deleite. Casi desde el principio, de modo espontáneo y de común acuerdo, el papel de los dos quedó prefigurado:

ella representaba la actividad, la toma de decisiones, la voz de mando, el índice que guía, él, en cambio, se sentía obligado a jugar el papel de la pasividad, del acatamiento, de la disposición atenta y de la gozosa resignación.

Día con día, los movimientos, las palabras, las indicaciones en la sala de baño se sucedían con una regularidad obsesiva, matemática casi.

-Siéntate en el banco -ordenaba Elena.

Y apenas cumplido el deseo de su tía, el muchacho vela volar en torno suyo, como par de palomas amaestradas, las inquietantes y lechosas manos de la hermana de su madre concentradas en la faena de privarlo de sus ropas exteriores e interiores para arrojarlo al agua de la tina como su madre -playa de la tibia placenta- lo depositó en el mundo. Una vez que Emigdio había sido desnudado, y el medio ambiente rozaba con sus helados dedos la epidermis delicada e invariablemente sensible del chiquillo, la tía (a quien por entonces empezó a llamar **mamá**) sumergía dos dedos en el agua -el medio y el índice- para comprobar que su temperatura, equidistante de los extremos, eliminara de golpe el calor extremo, pusiera a raya el frío

que empezaba a recorrer el cuerpo todo de Emigdio y se ubicara exactamente en el grado climático normal del paraíso. A continuación, la tía Elena, armada de la pastilla aromática del jabón, de la esponja chorreante de blancura y también de un zacate que con el tiempo se iba deshilachando y deshilachando, empezaba a frotar los hombros y las orejas del pequeño (a quien también por entonces comenzó a darle el nombre de **mí hijo**). La tía tenía buen cuidado de situar su frotamiento en el punto adecuado: se trataba de evitar la irritación de la piel, pero también el roce epidérmico, la caricia superficial. La intención era limpiar, asediar la impureza rebelde, la mugre soterrada, la sola insinuación de un olor impropio y antisocial, pero sin exagerar el frotamiento ni hacerlo tan anémico y desmayado que la suciedad permaneciera en su sitio, incólume a las argucias y amenazas del líquido enemigo armado hasta los dientes. La mano de la tía, con el tiempo, fue ganando cada vez más territorio. Se movía con relativa libertad por todo el cuerpo de su **hijo**. La franquicia no era completa, sin embargo. La **mamá** dividía en su fuero interno el objeto de su atención purificadora en dos partes claramente diferenciadas: las zonas accesibles -que eran las más y que comprendían las piernas, los brazos, los pies, las manos, el vientre, el pecho, la

cara, las orejas, la nuca y -de manera constante y minuciosa- la espalda. Y las zonas prohibidas -que eran el resto. Las manos se movían, entonces, con plena soltura y hasta elegancia en las zonas accesibles, pero apenas se aproximaban a una de las zonas prohibidas, dislocaban un tanto el ritmo y se esforzaban por tornar a las zonas amplias y sin problemas de lo permisible.

A Elena se le ocurrió que el lugar ideal y el mejor momento para que Emigdito -así lo llamaba con frecuencia- se aprendiera de memoria, como recomendara el padre Farias, las oraciones más importantes que debe saberse un buen católico, piadoso y reverente, era la sala de baño a la hora de la limpieza. De ahí que casi sin excepción, al tiempo que pasaba su mano por la espalda o las extremidades de su sobrino, decía lentamente una plegaria (el Credo, desde luego, pero también el Ave Maria, el Padre Nuestro, la Salve, etcétera) y obligaba al muchacho a repetir y repetir lo que machacona y reiteradamente ella iba pronunciando.

-“A ti, celestial princesa”..., decía Elena, mientras su esponja iba y venía por la espalda del muchacho.

-A ti, celestial princesa”..., respondía, como



un eco, la voz delgada, estridente y animosa, del sobrino.

- "Virgen sagrada Maria"... , continuaba la madre, sin dejar de usar la esponja o el jabón, y aproximándose peligrosamente, en ocasiones, a alguna de las zonas interdictas.

"Virgen sagrada María"... , canturreaba el hijo, con un tono de voz en que se podía adivinar, si se aguzara el oído y se fuese perspicaz, un cierto temblorcillo que hincaba sus raíces en un deseo enigmático e innominado.

Emigdio fue adivinando poco a poco lo que sucedía en el ánimo de su tía y fue gradualmente intuyendo lo que se estaba gestando en si mismo. Sabia que de **eso** no se podía ni se debía de hablar. No estaba seguro de si su tía Elena era consciente del placer, el gusto, el arrobo que le producían el frotamiento, el ir y venir con la nerviosa mano por el cuerpo de **su hijo** y, más que nada, el juego representado por la aproximación de sus dedos enjabonados a alguna de las regiones corporales no permitidas, y el alejamiento rápido y el rodeo minucioso que fatalmente se producía tras de lo anterior. No estaba seguro de si su **madre** era consciente del entusiasmo que le producía todo

ello, como sin duda, y sin poderlo ella controlar, se manifestaba en un brillo desacostumbrado de sus ojos, en un temblor casi imperceptible de sus fosas nasales y en un sudor, que no provenía sólo del ejercicio físico, que perlaba la punta de su nariz, sus sienes y su frente. A él, en cambio, no le cabía la menor duda de que la hora del baño le resultaba deliciosa y que no la cambiaría por nada. A medida que pasó el tiempo, Emigdio se fue inclinando a la idea de que su tía era cabalmente consciente de lo que estaba sucediendo. Una vez que arribó a esta conclusión, le encantó el pensamiento de que ambos querían lo mismo, que se habían convertido en novios, que todas las tardes, a la hora de baño, habían terminado, sin decir esta boca es mía, por ser cómplices, enamorados o quién sabe qué.

Ahora el baño duraba mucho más tiempo que antes, y los dos fingían no darse cuenta de este extraño alargamiento de la duración. Por otro lado, la enseñanza de las oraciones proseguía como antes y hasta se había incrementado, como si un velo religioso se dedicase a ocultar las perversiones que, sin ningún tipo de explicación verbal, vivían tía y sobrino.

-A ti, celestial princesa, /virgen sagrada Maria, /

te ofrezco en este día"...., oraba Elena, al tiempo que, dejando de lado el zacate y la esponja, llevaba los dedos llenos de espuma y quién sabe qué intenciones a los muslos, el estómago y las ingles del muchacho.

- "Te ofrezco en este día"... , musitaba Emigdio, y contorneaba su cuerpo, haciendo ciertos movimientos inesperados y a veces intrépidos y bruscos que pudieran facilitar que su tía pasara, sin desearlo o deseándolo inconfesadamente, de una zona de libre acceso a una zona prohibida.

- "Te ofrezco en este día/alma, vida y corazón", insistía Elena, alejándose del peligro, pero deseando reencontrarlo dentro de algún momento.

- "alma, vida y corazón"... , replicaba el sobrino, mientras sentía que esas tres partes de si mismo aumentaban sus palpitaciones no sólo al sentir el acercamiento de las manos a las inmediaciones del sitio o los sitios en que él anhelaba advertir su atrevimiento, vivir su resolución, compartir su placer, sino al darse cuenta de los abruptos y excitantes alejamientos, tal vez cargados de culpa, de las huidizas falanges que al parecer

habían insinuado el ademán pronto arrepentido de asir alguna de las más rotundas prohibiciones.

En una de esas tardes, todo parecía conjugarse para que tuviera lugar lo tantas veces deseado y tantas veces reprimido. La tía venía con un ánimo diverso, pertrechada de un ramo exuberante de vivencias novedosas. Su esponja, desde el principio, se ubicó en una de las zonas de mayor peligro y empezó a hacer un lentísimo movimiento en redor de su objeto. El niño, por su parte, se había encaramado, por así decirlo, a los peñascos de su mayor sensualidad.

Ella reinició su plegaria y dijo:

"alma, vida y corazón,/ en una palabra, todo mi ser. /Ya que soy todo vuestro,/ oh madre de piedad"... Tras de decir esto, Elena sintió que algo estaba pasando en su cuerpo, en la entrepierna de sus audacias, ahí donde surgía el vértice del deseo, y algo así como una punzada, un choque eléctrico o un dolor agudo en su versión más placentera, desconectó su atención de todo lo que no fuese el cuerpo de su **hijo** y, sobre todo, las partes prohibidas que tachonaban, con no sé qué suciedades inmatrimoniales, el limpiísimo cuerpo que se hallaba bajo su cuidado.

Emigdio cerró los ojos. Por más que lo intentó, no pudo deshacerse entonces de una vergüenza que quería ser y no ser, develarse y esconderse, arrojarse hacia adelante o buscar, retrocediendo, hacerse invisible. Dijo a continuación con un voz que quería dejar de ser de niño:

- "en una palabra todo mi ser". . .

Ambos se quedaron callados. Los ojos del sobrino y los de la tía rehusaron encontrarse. Ambos fijaron la vista en el agua, en distintos lugares del agua. Él entonces tomó de nuevo la palabra, con el énfasis y la decisión de quien ahora inicia la letanía:

- "ya que soy todo vuestro, oh madre de piedad" ..

Ella por su lado, en un trastrocamiento de papeles, empezó a balbucir:

- "ya que soy toda vuestra, digo, todo vuestro" ...

- "oh madre de piedad" -completó su **hijo**.

Emigdio supo en ese preciso instante de golpe -y lo supo porque lo intuía, lo inventaba, lograba

ponerlo al descubierto- que no sólo le ocurría algo a su cuerpo masculino -algo inocultable, innoble, vergonzoso-, sino que, al mismo tiempo, y estaba más incuestionablemente vinculado con lo que a él le acaecía, también alguna cosa, invisible pero poderosísima, indemostrable pero chorreante de evidencia, le estaba ocurriendo al cuerpo diligente, nervioso, perfumado y bañado de sudor de su tía, de su **madre**.

Ella logró conquistar un cierto control. Suspiró vigorosamente. Bromeó con palabras insustanciales dichas sin convicción. Hizo un esfuerzo. Se arremangó nuevamente los brazos y se limpió el agua o el sudor que habían encontrado en la ranura que separaba sus senos el lugar ideal para iniciar un deslizamiento. Musité entonces:

- "Guardadme y defendedme como cosa vuestra./Así sea".

El sobrino vio a su tía. La miré desde los calores ondulantes de su piscina. La incertidumbre abandonó, chapoteando, los linderos de la tina. Tan supieron ambos de lo que se trataba que, cuando él borbotó, callada, desfallecidamente:

- "como cosa vuestra",

y cuando ella asenté con resolución:

- "¡Así sea!",

ambos, la **mamá** y el **hijo**, se quedaron, temblorosos, a la expectativa del siguiente paso.

Siguiente paso que no vino nunca porque lo impidió, tajante, definitivamente, una sucesión precipitada de sucesos -de la que sólo una cámara cinematográfica podría dar cuenta, pero que el novelista está incapacitado para hacerlo. En efecto, en los reiterados acercamientos y alejamientos de la tina, Elena sintió de pronto que el jabón se le resbalaba de la mano y caía al suelo. Lo buscó atrás y adelante, a izquierda y derecha, con detenimiento y en todo su alrededor, y nada. La tía no se dio cuenta de que el jabón se fue a ubicar sigilosamente delante de su pie derecho. Ella, en la búsqueda minuciosa de su perfumado instrumento de trabajo, caminó hacia adelante, pisó la pastilla, perdió el equilibrio, no encontró dónde asirse, y se precipitó, cuan larga era, al lado de su sobrino. Cayó de bruces, se golpeó salvajemente la sien en uno de los bordes de porcelana, perdió el sentido, giró sobre sus talones, y en un vuelco veloz, enigmático, incomprensible, fue a dar con su cabeza en la tina, sumergiéndose en ella como absorbida por

la glotonería del agua, dejando sólo a la vista su cabellera, la que flotó un momento enredada en las burbujas que, brotadas de su aliento, dejaban oír, cuando estallaban al llegar a la superficie, la desperdigada voz de la agonía. Emigdio, temblando, tamo de los cabellos la cabeza de su tía, hizo un esfuerzo descomunal y logró sacarla del agua. Pero las fuerzas no lo ayudaron. La cabeza -que instintivamente se agarró a la tabla salvadora de una profunda bocanada de aire- se resbaló de nuevo y reinició, aunque en un proceso que acabó por ser decreciente, su fábrica de burbujas. El niño brincó espantado de la tina, saltó de un lado al otro, llamó a la servidumbre, gritó desgañitadamente. Salió desnudo de la sala de baño gimiendo, dando alaridos. Pero ya nada pudo cambiar el hecho de que su **mamá** yacía bocabajo, muerta, devorada por el agua todavía tibia de la tina y victimada por un destino que apretó los músculos y lanzó de nuevo su zarpazo.

En el entierro, él era uno de los pocos que no habrían de derramar lágrima alguna. No tenía tiempo para eso. Usó los minutos que duró la ceremonia -las plegarias, la meditación silente y el acto propiamente hablando de la inhumación- para tratar de poner en claro lo que confusamente



discurría en sus entendederas. Aunque no había pasado nada -por lo menos nada serio- entre su tía Elena y él, Emigdio se sentía culpable. ¿Culpable de qué? De todo. Culpable de desear que su tía hubiera sido más resuelta y que el también, aunque muy vagamente, hubiera querido que... Culpable de haberle hecho el juego al creciente deseo de su tía y de acabar, feliz, por ser durante semanas y semanas su decidido cómplice. Culpable de la muerte de ese cuerpo que, encajonado, recibía en ese momento una lluvia torrencial de pedazos de tierra, costras de lodo y pedruscos estrepitosos e irreverentes. Dios lo había castigado. Para Emigdio Dios vigilaba todo lo que hacían sus criaturas. Todo, hasta lo más recóndito e inconfesable. Dotado del don de ubicuidad, veía con el ojo desorbitado de la Trinidad las acciones e intenciones de todos los humanos. La norma que regia los altísimos designios de su mano era aquella de que: "el que la hace"... Y pues él la había "hecho", debía necesariamente pagar la deuda contraída. Como habla pecado, tenía que sentir **eso**, lo que ahora sentía, lo que le inflamaba sus adentros: la culpa. Aunque se trataba, a decir verdad, de una culpa extraña -culpa seca, sin titubeos, sin gana de dar marcha atrás, sin pudores resucitados, sin la conciencia de la necesidad de limpiarse, de eliminarse, de recibir el sonoro cubetazo del

arrepentimiento. Dios había castigado sobre todo a su tía: se la había llevado, y no es muy seguro que al cielo. Pero también, al castigarla a ella, lo había castigado a él. Se la había llevado y él ahora se hallaba solo. Ahora sí, huérfano de verdad. Sin la hora de su baño, sin el sentido de su vida.

#### IV

Emigdio fue internado en un colegio de madres josefitas por algunos parientes y por su tío Venancio, el albacea. Todavía con la memoria fresca de la muerte de su tía, se enfrentó de la noche a la mañana a un nuevo tipo de vida y a una clase distinta de inquietudes. Antes que nada, le nació de repente "un enemigo". Implacable, mordaz, maldiciente, este adversario tenía múltiples cabezas y cuerpos: se trataba de sus condiscípulos e internos en general. Desde que hizo su acto de aparición en el colegio, Emigdio fue la materia prima de la burla estudiantil, la plastilina de su sátira, la ocasión para la chusma de demonios de carcajearse a mandíbula batiente.

A la chusma de demonios, y mas que nada a su

líder, el "masca madres", les había caldo del cielo una nueva manera de divertirse: hacer de Emigdio (y también de otros tres novatos el blanco de sus **travesuras canibalescas**, para utilizar un eufemismo.

El "masca madres" se reunió con el "club secreto", habló un rato, escupió malas palabras, movió ciertos hilos y logró la aprobación, por parte de todos los asistentes, de la organización de un evento para los recién ingresados: un **concurso de muecas**. No era la primera vez, desde luego, que se llevaba a cabo dicha competencia; pero lo grave de la misma, bajo la dirección ahora del susodicho líder, no era que alguien ganara o perdiera, o que alguien mostrara su debilidades o la ausencia de ellas ante un público sediento de sangre. No. Lo inquietante era el **tipo** de castigos a que eran sometidos quienes sólo alcanzaban a colocarse en el segundo, en el tercero y, sobre todo, en el cuarto lugar. El "mascamadres", el intelectual del grupo, había ideado, lo que él llamaba "nuestro plan secreto de novatadas", en virtud del cual a quien obtenía el primer lugar se le exentaba de castigos, al segundo se le proporcionaba "el sacrificio", al tercero "la cocina" y al cuarto "la regadera".

El "cuatrojos" -que estaba condenado a observar el mundo a través de un doble fondo de botella- camina en sentido contrario al de su grupo: veía con simpatía a Emigdio. Su silencio rebelde le gustaba, sus miradas ganadas por el odio le satisfacían, sus palabras entrecortadas pero de un humor desdeñoso despertaban su aplauso. Al "cuatrojos" le debió Emigdio un informe inapreciable.

-En el **concurso de muecas** -le sugirió- no te muestres tímido y poca cosa. A los novatos, en general, les da pena hacer desfiguros con la cara y eso los lleva a perder puntos frente al **jurado**.

-¿Ante qué **jurado**? -preguntó Emigdio.

-Ante el "club" convertido en un **grupo de jueces**, encabezado por el "mascamadres". Ellos son quienes deciden los resultados del concurso y la distribución de "el sacrificio", "la cocina" y "la regadera" entre los perdedores.

-¿Qué son "el sacrificio", la "cocina" y "la regadera"?

-Ya lo sabrás -murmuró el "cuatrojos", alejándose a toda prisa de Emigdio para que no lo vieran otros platicando con él.

Dos días después, a media noche cuando ya las madres se habían dormido, con la ingenua convicción de que las criaturas sometidas a su custodia se hallaban conciliando el sueño desde hacia horas, tuvo lugar el concurso.

Efrain comenzó la función. Hizo el bizco y frunció la nariz. Sacó la lengua y la llevó de una comisura a la otra. Carraspeó y emitió unos sonidos entre gallináceos y asnales...

-Ya basta -dijo el "mascamadres". Ya basta y no se permiten "ruidos".

Los miembros del club escribieron en su cuaderno una anotación y dijeron:

-El siguiente.

Saúl, flaco, enclenque y retraído, puso la boca como si se hallara en disposición de dar un beso. La convirtió, pues, en una minúscula, torpe, ridícula **trampa**: la llevó hacia arriba y hacia abajo, a izquierda y derecha, al tiempo que abría y cerraba los ojos en un pestañeo que pretendía ser impresionante e ingenioso y que no era sino el acto

común de parpadear reinterpretado, con una falta mayúscula de imaginación, por la cámara lenta.

-Párale ahí -ordenó el "mascamadres".

-Otro -dijeron los jurados.

Le tocó el turno a Emigdío. Desde el principio se diferenció de quienes lo precedieron. Su intervención fue deliberadamente desvergonzada, intrépida, valemadrista. Infló las mejillas, subió los hombros y bajó la barba. Dobló los labios hacia afuera, puso la lengua en forma de tubo, hizo el tuerto y logró imitar de tal manera la cara "de un viejo cínico y ojete" -como dijo el "colipavo"- que, sin ellos quererlo, hizo reír a todos los del "club", con excepción del líder, que permaneció adusto, molesto, rascándose una axila.

-Ya -gritó el "mascamadres". Ya, y el que sigue.

Subió Orestes al pequeño templete. Nada parecía ayudar al nuevo competidor: regordete y triste, nervioso y asustado. Más que tímido era la encarnación de la timidez, lucía torpe y

pasivo. Sus muecas fueron frías, desaliñadas, artificiales, sugeridas más que llevadas a cabo.

Como en los casos anteriores, los jueces hicieron anotaciones y, precedidos por su mandamás, se fueron a hacer deliberaciones. El "colipavo" leyó después ante la turba de chiquillos una hoja, y dijo en voz alta:

-Emigdio sacó el primer lugar y por tanto se escapó de... (aquí no se oyó bien lo que leía). Efrain logró el segundo y su castigo será "el sacrificio". Saúl quedó en el tercero y tendrá que hacer "la cocina" y Orestes, que fue el peor, será sometido a la "regadera".

El "colipavo" guardó silencio. Miró en rededor suyo, tratando de descubrir en la cara de cada uno de los contendientes la reacción que había producido el dictamen. Del semblante de Emigdio -donde había placidez y orgullo- a la cara de restes -en que se dibujaba el gesto del que esperaba lo peor- se tendía un, llamémoslo así, arcoiris de expresiones.

Efrain fue informado a continuación de la índole de castigo que implicaba "el sacrificio":

durante dos días, el desayuno y la cena del novato irían a parar a las manos o, mejor, a los sistemas digestivos, siempre insatisfechos, de sus hermanos del "club", en especial a las bocas y los estómagos de los **tres gordos**: el "camión" - hermano menor del "mascamadres"-, el "patotas" y el "colipavo".

Por entonces Efrain no sabía de la existencia de la BES (Bodega Estudiantil Secreta que, en el recóndito y opulento hueco de un árbol y bajo la supervisión y vigilancia del "mascamadres", almacenaba los alimentos, cigarros, alcohol, condones, etcétera, conseguidos a trasmano y clandestinamente para uso de todos los miembros del "club" y para abuso de los **tres gordos**. Antes de su distribución, los alimentos sustraídos a Efrain pasaron, entonces, por los escondrijos de la BES.

"La cocina", el tercer castigo, sin duda era peor que el segundo, y cuando Saúl supo de qué se trataba, además de colérico, se sintió temeroso. La "cocina" consistía en robar media docena de huevos del gallinero, para enriquecer las existencias de la BES.

Saúl fue advertido de que, como cancerbero de las



gallinas, había un mastín de muchos colmillos y de pocas pulgas. Pero se vio obligado a tratar de realizar tal robo, porque si no... Se acercó al gallinero. Por fortuna el perro dormía, los gallos y gallinas también. Y allá en sus dormitorios, las monjas se hallaban en brazos de la deidad del sueño, de sus amorosos catres y de sus propios delirios. Pero Saúl fue tan torpe que, al sustraer los huevos, despertó a los gallos y gallinas, al mastín y casi casi a las maestras. Como parte culminante de este escándalo, el perro corrió tras el delincuente y logró hincar sus colmillos en la bolsa trasera de su pantalón y llegar hasta la carnosidad velada que se escondía bajo su protección.

Al sentir el dolor, Saúl aceleró el paso y logró llegar al portón de la escuela, con la mala suerte - encarnada en una abrupta desavenencia entre el pie y el terreno- de tropezar con una piedra malintencionada, dar de bruces en el suelo enarenado, herirse la frente y el mentón, romper y desparramar los huevos en un santiamén o, si se prefiere, en menos que canta el vanidoso progenitor de las frágiles y redondas criaturas. Alrededor de Saúl se formó un charco de claras, yemas, sangre, lodo, lágrimas, y carcajadas de los infantes fascinados por el intento, tan espectacularmente fracasado, de **echar la mano a retozar**

a costas de esas gemas apetitosas, de blancura militante, que saben programar, a toda entraña, las escandalosas concubinas del instrumento de viento con que da inicio, mañana con mañana, el concierto del día.

Saúl, todavía en el suelo, pensó que los del "club", enojados por su actuación, lo someterían a un trabajo peor. Pero el "mascamadres" y sus compinches se habían divertido tanto que mutaron sus rigores en clemencia y ya no exigieron nada al atribulado robador de gallinas.

-Ahora le toca a Orestes -dijo el "colipavo" - lugarteniente del "mascamadres".

-¿Qué debo hacer? -preguntó entre tímida y resueltamente el aludido.

-Seguirnos -asentó el "colipavo".

Con el estado de Animo de un condenado a muerte, Orestes, cuando avanzaba al centro de cuatro acompañantes, se sintió como un cadáver que deambulara con todo y cirios hacia su sepulcro o, por lo menos, hacia su paredón. Caminaron un buen rato, hasta que dieron con el "pozo", famosa hondonada sita al fondo

del jardín. Los cuatro vigilantes, silenciosa pero drásticamente, no empujaron pero si presionaron por la espalda a la víctima hasta obligarlo a ubicarse en medio del hoyo, y que lo hiciera con el rostro pálido, las piernas sin poder ocultar cierta temblorina y el ánimo por las suelos. Una vez colocado en tal sitio, todos los miembros del "club" se instalaron alrededor de la hondonada, de tal manera que Orestes se vio rodeado por un compacto grupo de mozalbetes que desde arriba lo miraban burlona y despreciativamente.

El "mascamadres" ordenó:

-¡En sus marcas!

Todos se abrieron las braguetas.

-¡Listos!

Cada chiquillo sacó su miembro y lo apuntó hacia la víctima. -¡Fuera!

Un chubasco espumoso y zigzagueante cumplió su objetivo. Temblando de asco, pero atado por las lianas de la impotencia, Orestes se desquitó, o pretendió hacerlo, a fuerza de un disparo de

mentadas de madre en la voz más alta de la que se tenga memoria.

Los penes de los miembros de "club" se antojan inagotables, fecundos, inmarcesibles, fontanas que escupían interminablemente un contenido que, al golpe de los rayos iridiscentes del sol crepuscular, coqueteaban con los tonos más felices de lo dorado.

Esta impresionante, asombrosa capacidad irrigadora tenía su explicación y, por más que portentosa, se hallaba tan lejos de lo inexplicable como todos los milagros, que no son otra cosa -al decir de Hume- que la ignorancia de la causa. La razón de tan maravillosa abundancia residía en las **cheves** que la turba de chiquillos, acicateados por el "mascamadres", se había echado entre pecho y espalda un poco antes de venir a abrir los grifos de la regadera.

Orestes salió del hoyo. La toalla que le hizo llegar el "cuatrojos", le ayudó a limpiarse la cara, sacudirse un tanto la chamarra y los pantalones. No obstante, y al final de su desesperado intento de secarse, no dejaba de ser patético ver a un chiquillo con las pestañas perladas -no por la presencia inodora e insabora del llanto- sino por las gotas rubias del líquido nefasto y ominoso.

A Andrea le apasionaba la verdad. Verla de frente, paladearla, pasársela de una mano a la otra. Sabía que vivir en la verdad era vivir riesgosamente. Pero **ése** era su reto y su arrojo. Si alguna vez padecía sentimientos de culpa, ello no se debía en general a haber desconocido o repudiado mandamientos con olor a incienso o normas con sabor a manzana.

Inés Robles, su madre, había sido una mujer superior: recta, inteligente, bella, y heredera además de una buena posición económica. Pero era sordomuda. Desconectada de los rumores, de los gritos y del ruidoso silencio de la vida habitual. No es este el sitio para narrar detalladamente la oscura biografía de la madre de Andrea, de su niñez en una familia acomodada, de la muerte de sus padres envenenados por una leche descompuesta, sin pasteurizar, de la acción supuestamente caritativa del padrino, de su vida con éste, de la violación de que fue víctima (a los dieciséis años por su "benefactor" y de, en fin, su difícil vida posterior y su doloroso final.

Andrea, hija de una sordomuda, como compensación y rebeldía, quería **oír** y **decir**. Escuchar como

nadie y no callarse nada. Oír y decir verdades, cosas que fueron, hechos que son, sucesos que vendrán. El que cuenta una mentira -pensaba Andrea- se trata a si mismo como **mudo** -porque no suelta la verdad, sino que la enmudece, la recubre de silencio- y trata al otro como sordo -ya que, aunque mueva la lengua, no lo hace oír lo que **debe** comunicarse: la verdad. Ella quería decir y que le dijese. Ese fue su voto, su proclama, su modo de ser. El engaño devino su enemigo principal. El ocultamiento, su odio en ristre. La media verdad, su iracundia cotidiana.

Al mismo tiempo que en ella se esculpía el propósito indeclinable de decir y escuchar la verdad, Andrea fue advirtiendo la falsía endémica de su medio ambiente. La muchacha se dio cuenta, con cada vez mayor nitidez, de que se hallaba inmersa y rodeada por una sociedad de **sordomudos**: de individuos que hablaban callando y personas que oían sin oír. Esto produjo en ella la necesidad de reafirmar su rebeldía, convertirla en norma de conducta, blasón o imperativo.

La madre de Andrea murió en un accidente. Salió un día a la calle para colmar sus ojos con las mercaderías de los escaparates, y con la resolución de

gastar algunos pesos en un objeto que, como unas bolsas, unos aretes o unos zapatos, además de mostrarse agradable y a la medida del deseo, le lanzara el guiño seductor de un accesible precio. Iba distraída al atravesar las calles, olvidada de sus problemas, entusiasmada con su entusiasmo, y al intentar pasar de una acera a la de enfrente no escuchó -porque no podía- los sonidos primero y los alaridos después de un automóvil guiado por un chofer a quien le pareció más pertinente tocar y tocar la bocina que meter el freno.

En el sepelio de su madre, Andrea comprendió que aquella se hacía, ahora sí, definitivamente sordomuda. Cuando vivía Inés, no estaba clausurada ni con mucho la comunicación entre madre e hija: la escritura, los ademanes y, desde luego y en primer lugar, la mirada de la sordomuda, suplían los coloquios de la lengua y el tímpano y permitían entre ambas mujeres el espontáneo y fresco ir y venir de las verdades. La muerte se presentaba como sordomudez radical, desgarramiento, aniquilación. Fue la primera o tal vez la más sustancial experiencia que Andrea tuvo del inexorable destino que es inherente al ser humano. La niña Andrea **supo** entonces que había perdido a su madre definitivamente. No por algunos años, no durante el tiempo en que ella continuara

instalada en la vida, no hasta que se muriese y el más allá tramitara el iluso y maravilloso reencuentro con su progenitora. No. Ella sabía que no. Andrea estaba convencida de que la muerte tiene el sentido desconsolador, implacable, intransferible pero necesario, de la desaparición, la ausencia irremediable, la nihilización abrupta y para siempre. Intuyó que la muerte no significa cambio de una forma de vida a otra y que el ataúd no es un vientre embarazado para **otro** alumbramiento. Andrea supo que **esa** era la verdad y a partir de entonces no tuvo más remedio que decírsela a si misma y a quienes quisieran o pudieran escucharla de sus labios.



## VI

Andrea, de ocho años, fue recogida, en un indudable acto de compasión y caridad, por el Doctor Juan José Díaz Mercado, hombre sensible y justiciero que había sido médico de su madre y la había atendido en sus problemas de otorrinolaringología primero y en la violación, embarazo y Este alumbramiento posteriores. El matrimonio del Doctor Díaz Mercado y Alma Rosa Palas tenía tres hijas, dos de las cuales desde el principio consideraron a la chiquilla como otra hermana, la asumieron como tal y la trataron cordial y cariñosamente. La hija mayor, Almita, la vio en cambio desde el principio con malos ojos y peores pellizcos. Y decidió hacerle la vida imposible propósito no era tan irreal y descabellado si tomamos en cuenta que la madre, en un acto de compasión tan efímero como superficial, sólo había aceptado a regañadientes la presencia de la hija adoptiva y estaba presta a cumplir las exigencias de la complicidad con la arbitrariedad de su primera hija.

En el seis de enero posterior a la muerte de Inés -la madre de Andrea habla fallecido en noviembre-, el Doctor Díaz Mercado y su esposa -haciendo oír el mítico galope de las

cabalgaduras de los Reyes Magos- colmaron de presentes a sus hijas y obsequiaron a Andrea una espléndida muñeca acompañada de un deslumbrante ajuar. Almita fue tal vez la más regalada de las hijas; pero junto con los regalos, sin quererlo sus padres, le donaron el "juguete rabioso" de la envidia. Sus ojos menospreciaron todos sus obsequios, los arrojaron al cofre de la indiferencia y no tuvieron más miradas -de reojo, de soslayo, de herida sangrante- que para la muñeca enriquecedora de la **intrusa**. La madre captó el estado de ánimo de la hija, y se alió sin restricciones con sus turbios deseos.

-Tú eres muy destructiva -le dijo a Andrea. Tus manos no saben jugar con algo sin hacerlo trizas. Dame esa muñeca.

Almita, gozosa ante las palabras maternas, se acercó a Andrea e intentó arrebatarse su tesoro. El atraco se convirtió en forcejeo y el forcejeo en lucha libre. Mientras la ventaja estaba del lado de Almita, mientras los mojicones y arañazos iban de aquí para allá, la madre lo observaba todo desde el palco de la curiosidad y con los binoculares de un innoble asentimiento. Pero cuando la víctima se deshizo de la sorpresa, cuando su indignación se adueñó del

escenario, cuando le dio a su iracundia la forma de dos puños vindicativos y una hilera carnívora de dientes, se arrojó, con indescriptible salvajismo, como fiera, como erizo en armas, a la búsqueda de los gemidos, el pavor y la sangre de su adversaria, la madre -pálida, temblorosa, confundida-, intervino por fin, separó a las contendientes -a una, a Andrea, jalándola del pelo, y a la otra, a Almita, dándole un empujón- y zanjó la disputa con la fuerza, el seco arbitraje y la decisión omnipotente de la autoridad. Mandó a Almita a otro cuarto. Y arrancó no sin esfuerzo la muñeca de los brazos de la hija adoptiva.

A partir de entonces, Andrea no volvió a jugar con su muñeca, salvo cuando había visitas. En efecto, si llegaban algunos amigos o familiares a saludar a Alma Rosa -el Doctor no contaba porque siempre vivía recluido en el hospital o en el consultorio-, aquélla, un poco antes de que arribaran las amistades, sacaba la muñeca del anaquel superior del ropero y se la entregaba, con fingida cordialidad a Andrea "para que, muñeca, juegues con tu muñeca", como decía con un repugnante tonito de burla. Una vez llegados los visitantes, y mientras nadie se ocupaba de ella, Andrea jugaba y jugaba con su muñeca, como si se le fuese a

deshacer entre los dedos, con la conciencia de que muy pronto, una vez que la "gente de afuera" se despidiese, se la volvería a confiscar la madre de Almita y la tornaría a sepultar en el anaquel superior del ropero.

Uno o dos meses después, el matrimonio Díaz Merca o -Pallás convidó a varios compañeros, amigos, parientes a una comida de manteles largos, exquisitas culinarias y desbordante profusión de vinos. La mesa fue compartida por niños y mayores. También, desde luego, había un lugar para Andrea. Y ella, un tanto distraída, pensando en el género y la especie a la que pertenecen las musarañas, esperaba pacientemente, al igual que el Doctor, su esposa, sus hijos y todos los comensales, a que la succulenta sopa, publicitada ya desde lejos por un humillo invasor, profundo y penetrante, irrumpiera al fin. Andrea cargaba su muñeca. Le alisaba el vestido. La peinaba por centésima vez. Le recomendaba en voz baja que tuviera buenos modales y se comportara bien en la mesa. El Doctor interrumpió una conversación que tenía con otras personas y dijo en voz alta:

-Por lo visto, Andrea, no te puedes deshacer de tu tesoro ni siquiera a la hora de comer.

Todas las miradas se dirigieron a ella. La muchacha iba a decir algo. Tal vez nada significativo ni revelador. Pero Alma, que se hallaba a su lado, temió lo peor y deslizó un veloz y venenoso pellizco hacia el muslo de la chica con el mensaje claro y sin confusiones de: ¡cállate!; Cuidado con decir algo!

Andrea reaccionó, sin embargo, en un sentido imprevisto. Se levantó de su asiento, nerviosa, pero resuelta, con los ojos llorosos, mas con un gesto duro y amacizado. Volvió las pupilas en redor, y dijo, con una voz que se ubicaba en los aledaños del grito:

-¡Alma Rosa me esta pellizcando!

La aludida, punto menos que desquiciada, no supo qué decir en ese momento, aunque una efusión de sangre le coloreó las mejillas.

-Me está pellizcando -prosiguió Andrea- porque no quiere que diga...

-¡Cállate, mentirosa! -masculló Almita.

-Bribona cómo te atreves... -rugió Alma grande. Y, tomando de los hombros a la niña, se dispuso a

arrastrarla hacia su cuarto, castigada.

Los comensales, Más que sorprendidos, estaban molestos por esta escena tan tradicional y consabida, en que chocaba el autoritarismo de los de arriba con la rebeldía justiciera de la infante. Estaban molestos y les urgía pensar en otra cosa y hablar de otros temas.

El Doctor, sin embargo, paró en seco a su mujer con una mirada y exigió a la muchacha que dijera lo que deseaba decir.

Andrea entonces se creció. Su pasión por la verdad le llenó la garganta. Las consecuencias que probable, seguramente acarrearían sus palabras se desdibujaron frente al regocijo, la satisfacción, el día de fiesta que implica la **revelación** que traía entre manos y entre dientes.

Se creció y encontró las palabras. Y después de su perorata, un poco repetitiva en verdad, pero convincente y conmovedora, produjo una sensación de solidaridad y lástima entre los invitados, se ganó parcialmente al Doctor, neutralizó a Almita y sacó de sus casillas a Alma Rosa.

## VII

No fue la única vez en que la chiquilla -tan apreciada por el Doctor y tan querida por Carmen y Lola, las hermanas de Alma chica- en que soltó la verdad y renunció a las ataduras de la lengua, sino que estas ocasiones y oportunidades fueron repitiéndose tan cotidiana e incesantemente que no sólo conquistó fama de veraz y enemiga mortal de la hipocresía, sino que, por obra y gracia de esta virtud, de esta actitud reproducida sin cesar costase lo que costase, fue haciéndose fuerte y peligrosa, a pesar de sus años, inquietante e imprevisible.

Costase lo que costase había que decir la verdad. Y este principio le resultó, para decir lo menos, extremadamente grave en cierta ocasión.

Veamos los antecedentes. Alma Rosa estaba imposibilitada para pensar en los demás. Esta incapacidad era como una enfermedad incurable, oscura, lapidaria. Varias personas -su esposo, su confesor, sus hermanos- intentaron en diferentes etapas de su vida extirparle el, por así llamarlo, tumor del egoísmo; pero lo único que lograron es que ella enmascarara torpemente sus acciones y presentase como bueno y útil para todos lo que era bueno y útil para

su real persona. Se podría decir que esta mujer tenía una misión central en la existencia: distribuir injusticias a manos llenas o atropellar a los demás por el deliberado olvido de que el freno se halla siempre a la vera del acelerador.

En esta infatigable distribución de tropelías, incluso hubo de llegarle el turno a su hija consentida. La madre, imperturbable, no se tentó el corazón para dejar sangrienta y malherida, dicho de manera figurada, a la niña de sus ojos.

Alma Rosa habla comprado un gato para Almita. Un gato del exacto color que luce el humeante café con crema que nos sirven en el desayuno, adornado por una línea blanca en la cola y un lunar negro, sedoso y brillante, a mitad de la frente. La niña estuvo encantada del regalo y estableció una relación maternal con un animal fascinado de hallar el terciopelo de la felicidad en los ademanes acariciantes de la pequeña.

Sin embargo, desde el principio, no hubo química entre la madre y el felino. Apenas llegó el gato a la casa, hubo una aproximación equívoca entre él y la señora. Se vieron recelosamente, de reojo. El felino daba vueltas, ondeaba, caminaba de puntas alrededor de



ella, y ésta -mentalmente- giraba en rededor del cuerpo elástico y concupiscente del animal. Alma Rosa echó mano de la introspección y la autocrítica.

-No puedo caerle mal al gato -se decía. No tiene sentido. Aunque debo confesar que no me agrada del todo la forma en que me observa y la grosera atención con que mide mis pasos.

El gato la miraba, la olfateaba de lejos y se quedaba meditando y meditando como si, privilegiado de dones telepáticos, hubiera escuchado y comprendido las frases de Alma Rosa.

-No puede caerme mal. Son imaginaciones mías -trataba de convencerse. Es un bello animalito. ¡Hay que ver la forma graciosa en que se mueve, se detiene y se dedica con la lengua a la feroz limpieza de su cuerpo!

Convencida de que eran imaginaciones suyas, de que ni él le caía mal a ella ni ella a él, avanzó resueltamente hacia el gato, farfullé entre dientes la cursi y ridícula onomatopeya con la que solemos hablar a los bebés y a los animales domésticos, y alargó el brazo hacia un animal electrizado por la reticencia. Intenta acariciar su cuerpo y tocar su cola, pero la

bestezuela, irritada y sorprendida por la abrupta presencia de ese monstruoso ser que se le acercaba (como se acerca la amenaza al infortunio), le lanzó un zarpazo y le arañó con vesania una de las piernas.

Hubo un poco de sangre. Y, más que nada, gritos, maldiciones, encolerizamiento total. Dio órdenes a la servidumbre de deshacerse del gato. Almita, para entonces, como Andrea en el pasado con su muñeca, había tomado a su tesoro en brazos y estaba dispuesta a defenderlo aunque le costara la vida. No le sirvió de mucho su coraje envalentonado y su frente en alto de guerrero en pugna, porque las sirvientas, expeditas y eficientes, le arrancaron materialmente al animal de los brazos, las manos y los dedos y lo fueron a depositar en quién sabe dónde.

Almita se transmudó en Magdalena. Pero las virtudes curativas de las lágrimas apenas le sirvieron. Rugió a continuación contra su madre y disparó una ráfaga de imprecaciones contra las muchachas que llevaron a la práctica las órdenes de la mujer rasguñada y resentida.

En ese momento, Andrea se acercó lenta y cautelosamente a Almita. Le puso una mano en la cabeza y empezó a acariciarla. La joven se sorprendió un poco;

pero reaccionó positivamente y apretó con una de sus manos el brazo de quien hasta ahora había considerado como enemiga. Sintiéndola solidaria frente a la injusticia materna, olvidó sus resquemores y reticencias, y no tuvo reparos para que a partir de entonces se gestaran y florecieran los impulsos de la amistad.

## VIII

¡Nada más divertido, misterioso, apasionante que el mundo que fraguaron las dos jóvenes bajo las sábanas! Antes de acostarse, introducían bajo el colchón los bordes de éstas (a los pies y a los lados del lecho) y, deslizadas en su interior, hacían otro tanto con la parte que correspondía a la cabecera. Resultado: un pequeño mundo hecho a la medida de Alma chica y de Andrea. La diferencia entre el **adentro** y el **afuera** no podía ser más tajante. -dentro, la magia, el sueño, la imaginación. Afuera, los deberes tediosos, la realidad grotesca, la vulgaridad. Bajo las sábanas, las dos muchachas se hallaban a sí mismas, fracturaban la mediocridad del medio ambiente y penetraban lúdicamente a su propio país de maravillas. A veces se llevaban ciertos objetos del **afuera** que, transfigurados, iban a formar parte del mundo interior. Un día, por ejemplo, Almita introdujo en "nuestro mundo", como decían, una enorme, dorada y jugosísima naranja "para que nosotras tengamos adentro también al sol". A partir de ese momento la oscuridad desapareció debajo de las sábanas. El problema fue sin embargo el calor. Ambas se sintieron sofocadas y hasta se les humedecieron la frente y la punta de la nariz.

-Ojalá tuviéramos algo de viento -murmuró Alma. -

-Espera un instante -dijo Andrea.

Salió de "nuestro mundo", se tardó unos minutos y volvió, triunfante, con un abanico.

-Ya tenemos viento.

Alma levantaba en vilo la naranja y ambas se morían materialmente de calor, transpiraban y se abanicaban con las manos.

Andrea movía entonces el abanico.

-¡Hágase el viento! -decía.

Y las dos se hallaban, felices, en un mundo iluminado en que los rigores del calor eran hostilizados y puestos a raya por los gélidos latigazos de un amigable monzón.

A veces el viento no podía derrotar al sol, y en esos casos era necesaria la lluvia.

Almita solucionó el problema y trajo desde el **afuera** una jícara llena de agua.

-¿Tienes calor? -le preguntó a Andrea. -Si, y el viento no logra quitármelo.

-Y ahora ¿qué sientes? -inquirió Andrea, al tiempo que humedecía sus dedos en el líquido de la jícara y espolvoreaba algunas gotas de agua en la frente, el rostro, los brazos y las manos de su amiga.

-Que está cayendo un delicioso y refrescante aguacero. ¡Qué buena onda!

-¿Sabes qué? -dijo Andrea.

-¿Qué?

-Que me gustaría tomar desnuda baños de sol.

-Órale ¿por qué no?

Andrea se quitó la ropa y se tendió bocabajo -con la doble intención de ocultar su pubis a los ojos de su compañera y de mostrar su espalda, sus nalgas y sus piernas a los ojos del sol

Los ojos del sol la recorrían y recorrían en ese momento. Almita en efecto había levantado la naranja y la movía lentamente por el techo de lino para que sus rayos chocaran con el cuerpo de Andrea y se deslizaran -en busca del color

broncíneo que le pone a los cuerpos un toque de sensual distinción- por los hombros, la espalda, la cintura y los otros lugares de nombres escabrosos y encantos impronunciables.

-Tengo calor -musitó Andrea desde su cuerpo desnudo.

Admita hizo un llamado al viento y convocó a la lluvia, con lo cual Andrea sintió, como palmadas de la felicidad, un golpe de aire y un lagrimeo de gotas que le dulcificaron la temperatura, le remodelaron el cuerpo y le despertaron un sentimiento, aún no bautizado, que la recorrió por entero, deteniéndose inequívocamente en algunas zonas especiales y en cierto modo privilegiadas de su organismo.

Almita quiso ser ahora quien tomara baños de sol.

Fue entonces cuando, debajo de las sábanas, ya no había sino un solo cuerpo, y cuando fueron arrojados abruptamente desde el **adentro** de "nuestro mundo" al **afuera** la naranja, el abanico y la jícara como objetos inútiles y estorbosos.

## IX

Eran las diez de la noche. Almita se pasó, como otras veces, a la cama de Andrea. Tras el episodio del gato, la rivalidad entre las dos había acabado por disiparse. A ello contribuyó el que, de manera progresiva, sin aspavientos ni culpabilidades, habían convertido cada una a su lecho en un esquife que frecuentemente llevaba a sus tripulantes a la isla de Lesbos. Lo que hacían por las noches entre sábanas, que al principio carecía de nombre, fue bautizado por Andrea. Se trataba de "estar bonito".

-¿Quieres "estar bonito" hoy en la noche? - preguntaba Andrea.

-No, hoy no. Mejor mañana -respondía Alma.

Nadie sospechaba de esos desplazamientos e incursiones. Las muchachas intuían oscuramente que les podría ir muy mal si las hallaban "estando bonito". Por eso lo hacían en secreto, hablando en voz muy bajita o no hablando. Nada más sintiendo. Teniendo como única obligación despertar su apetito con besuqueos en sordina, pellizcos indoloros, caricias en cámara lenta y remansos humedecidos.



Los días discurrieron. La excitación, la sensualidad, el erotismo no pudo estancarse en un punto, o coagularse en una satisfacción medida y permanente, sino que se fue transformando en rugido de poros y pasión desatada. Quizás Andrea se perfilaba como más ardiente y cálida, pero tenía un enorme control sobre ella misma, sus sentimientos y las manifestaciones físicas de sus emociones. Almita, en cambio, a partir de cierto momento, no pudo "estar bonito" sin mover rítmicamente su cuerpo y convertir su jadear en gemidos primero y, a su pesar y el de su amiga, en gritos después.

Algo oyó Alma Rosa desde su recámara. No quiso despertar al Doctor porque no creyó que el ruido ameritara tal cosa. Pensó que la extraña estridencia que había lanzado su ponzoña contra el silencio nocturno, se debía a que alguna de sus hijas se hallaba enferma. Las pantuflas le pusieron sordina al triscar de sus pisadas y la rapidez de su desplazamiento hizo que la precaución de las jovencitas, que asediaban en ese momento los umbrales del éxtasis, bajara la guardia.

Emigdio era inteligente, penetrante, sagaz, pero inseguro. Era parco en resoluciones y prefería hincarse de rodillas ante la autoridad a correr el riesgo de tomar las cosas en sus manos y tenérselas que ver con los inciertos resultados del ejercicio autónomo de su decisión. Por eso detrás de él se hallaba, como un apuntalamiento de seguridad, el sacerdote de siempre: el padre farías. Éste era el otro lado de la moneda: resuelto, imperativo, poseedor no sólo de un reguero de verdades con v minúscula, sino de la Verdad con V mayúscula reservada a los privilegiados integrantes de su iglesia. La simbiosis entre el autoritarismo del segundo y la inestable perplejidad del primero terminó por configurarse si no como una relación de amo/esclavo, si como el nexo entre la sapiencia colmada de sí y la ignorancia debilucha y obediente. No es que Emigdio no pudiera analizar correctamente una situación y entrever a partir de ahí el camino a seguir. Su inteligencia le bastaba y sobraba para ello. El problema residía en que cuando se atrevía a optar, se sentía solo, aislado, sin ayuda y flanqueado permanentemente por la duda. El que decide algo, sin consultar con nadie, y no teniendo otra explicación de su empeño que la activación de su libre arbitrio, o la exaltación de su

**yo mismo**, se separa de los otros, se encuentra consigo, y se lanza a la aventura de actuar desde el registro espontáneo de su voluntad sobre el orden natural o el humano. A Emigdio le aterraba ser el que iniciara algo o el que conviniese consigo mismo y con nadie más en que tal o cual propósito encarnara, tras el embarazamiento de la idea, esta o aquella acción. Prefería correr a refugiarse bajo una sotana, un mandamiento o la voz estentórea del deber ser, que sabían cómo actuar ante todas las circunstancias de la vida y que, dando a manos llenas consejos a los feligreses, los excluía de la aterradora decisión de ser duetos de sus actos. La influencia del padre Farías en Emigdio pasó por tres etapas claramente discernibles: la primera tuvo lugar a continuación de la muerte de la tía Elena, la segunda durante su noviazgo con Andrea y la tercera después de su matrimonio.

El que Emigdio cayera bajo la influencia todopoderosa del párroco inmediatamente después de la inquietante e incomprensible muerte de su tía, era sin duda algo lógico y natural. Un muchacho que había perdido a su padre y a su madre, primeramente, y a su tía después, todos en accidentes trágicos, tenía que hallarse volcado a la búsqueda apasionada y al encuentro gozoso de una Imagen paterna. Una sotana

con los brazos abiertos representó en el atribulado caletre del infante que acababa de ser sacudido ferozmente por la tempestad, el refugio anhelado o el espacio afectivo en el que la protección descendía nuevamente sobre él y lateralmente le daba el **signa** para continuar viviendo. El precio que tuvo que pagar por el amparo de quien, allá en sus secretesos consigo mismo, llamaba mi padrecito de la guarda", fue, no obstante, muy alto: la anulación, o casi, de su poder decisorio y su ubicación, por ende, en el rol permanente del que acata, actúa de conformidad con, obedece a los dictados de su padre espiritual. En aquella época, por el cerebro de Emigdio no se insinuaba la menor intención de sublevarse, de volverse militante de su propia causa y de negarse a aceptar que no se pensara por él, se deliberara sin su presencia y se decidiera a sus espaldas. Por su cerebro no pasaba la menor intención de socavar los poderes de la autoridad, en primer lugar porque él mismo había puesto al padre Farías en el nicho preeminente que ocupaba -el ejercicio del poder, ya se sabe, implica el "confortable" abandono por parte de los gobernados de sus potencialidades de autodeterminación- y en segundo lugar porque lo aterraba prescindir de los dictados del poder, del dedo orientador, de la palabra preñada de admonición

esclarecedora. Pensar con su cabeza equivaldría, ay, a volver a la orfandad.

## XI

Cuando Emigdio comenzó a salir con Andrea, que era su condiscípula en la Facultad de Filosofía y Letras, la relación con el padre Farías se modificó visiblemente. No es que Emigdio haya emprendido, desenvuelto y consolidado una lucha de independencia, con actos de heroísmo y esfuerzos sobrehumanos. No se liberó de su confesor para poder entrar en una relación nueva -donde la vigorosa imagen de Andrea resultaba especialmente significativa-, sino que optó porque el padre y la novia compartieran el poder ejercido sobre su persona. En esta nueva situación, su papel quedaba circunscrito a negociar en su cacumen entre lo que decidía Andrea y lo que ordenaba el padre. Él era sólo el campo de batalla de dos ejércitos poderosos. A veces ganaba uno. A veces el otro. Pero las más, uno salía triunfante en ciertos aspectos y al mismo tiempo el enemigo proclamaba la victoria en otros. Él mediaba, no decidía. Registraba las influencias y sus movimientos, pero no se atrevía a actuar motu proprio. Se sentía bajo la

acariciante presencia de una imagen paterna y de una Imagen materna que lo ubicaban en el lugar que él deseaba conservar: el del hijo. La imagen de Andrea se convirtió, sin embargo, en cada vez más poderosa, atrevida y exigente. Y Emigdio, ante este acoso, tuvo que mover un tanto, por así decirlo, aunque no desplazar del todo, la imagen nunca débil de su padre espiritual. Resultado de este reacomodo de sus patrones de conducta fue que, al decir del padre Parías, Emigdio, inducido por la maligna influencia del eterno femenino, casi sin percatarse de lo que pasaba, o sin medir las consecuencias, aceptó gustoso dar el mal paso de adelantar vísperas y llevar a cabo minuciosa, escalofriantemente lo que sólo debe realizarse bajo la cobertura del sacramento para ello establecido.

Andrea y Emigdio inmolaron a un tiempo y de común acuerdo sus virginidades. Y al año de mantener -un si es no es en secreto- relaciones amorosas, supieron que iban a ser padres y decidieron contraer matrimonio.

-¿Por qué aceptaste venir al hotel si ahora confiesas no atreverte a hacer el amor? -dijo ella.

-Es que hay algo oscuro que me revuelve todo aquí

-murmuró él indicando la boca del estómago.

-¿Algo oscuro?

-Oscuro y amenazante.

-¿Te sentirás enfermo?

-No precisamente. No. No es eso.

-¿Entonces?

-Creo que es una idea.

-¿Lo oscuro y amenazante que te muerde por dentro es una idea?

-Me parece que sí.

-¿Qué idea?

-Ya lo sabes. Me esforcé por dominarla. Creí que mi decisión se imponía sobre mis prejuicios.

-¿la idea es?

-La pinche idea del pecado.

Él se hallaba sentado en la cama. Ella se le quedó viendo, con una evanescente sonrisa a flor de labio. Acarreó la silla que se encontraba frente el tocador, la puso delante de él, se sentó ante su novia y le dio la cara.

-¿No te has dado cuenta de que la mayor parte de las relaciones humanas son ambiguas?

-¿En qué sentido?

-En que no son en el fondo lo que parecen. O también: en que son más de lo que presumen ser.

-Cuando te oigo teorizar, tengo siempre sed de ejemplos.

-Los novios, por ejemplo, acaban por desear vivamente dejar de serlo y convertirse en esposos o amantes. Son novios, están apresados en la fórmula social que así los define, pero de algún modo son asimismo el **deseo de ser** algo distinto y lograr dicha transformación por obra y gracia de la cama.

-¿Y qué pasa con los esposos?

-Casi lo mismo. Terminan por anhelar, no



pocas veces inconfesadamente, tener otros amores, hacer añicos la fidelidad, el complementar o aderezar el matrimonio con la aventura, mezclarlo con el amasiato o sustituirlo por una nueva relación.

-¿Y los amantes?

-La misma historia. A partir de cierto momento sienten una irresistible tendencia al cambio...

-¿Todas estas relaciones son ambiguas?

-Si, porque en ellas los individuos son una cosa y al mismo tiempo son el deseo confesado o inconfesado de ser otra cosa.

-¿A qué atribuyes, Andrea, este desdoblamiento que trae consigo la ambigüedad de las relaciones humanas?

-Al permanente choque entre lo permitido y lo deseado, entre el encarcelamiento en formas, redes, instituciones de la existencia del individuo y una afectividad en permanente efervescencia que ve con horror la privación de la libertad y tarea constantemente y para si la

Marsellesa.

Ella se levantó de su asiento. Dio un paso adelante. Suave, pero firmemente despojó a su compañero de su americana. Le quitó a continuación la playera. A la hora de asediar el cinturón, y comenzar a aflojarle los pantalones, se estableció una sorda, pero inequívoca batalla entre ella, que se hallaba cada vez más decidida, y la idea del pecado presente en él. Hubo un imperceptible y mínimo forcejeo: Pero fue ganado por la resolución y el dinamismo de una mujer que ya había tomado una decisión y estaba ahora cavilando en cómo acceder a las últimas consecuencias. La ropa de él había ido cayendo poco a poco, con un cierto orden, en un sofá que se ubicaba entre la cama y el tocador. Lo único que no se hallaba al lado de la ropa desprendida eran los calzones y los calcetines, los cuales, en conformidad con la idea del pecado, parecían cumplir la función de impedir que el cuerpo masculino se hallara en su cumplida y libre naturalidad. Ella contempló su obra maestra, y se sintió arrebatada por la indecible ternura que de pronto le produjeron los pies desposeídos ya de sus zapatos pero cubiertos aún por el lino verdinegro de los calcetines. Como si fueran unos

cachorros capaces de avanzar o retroceder, de saltar de un lado a otro o de escabullirse, los acorralé con sus manos, los acaricié lenta y parsimoniosamente, recorrió los dedos encapuchados de tela, acarició el dorso y los talones y continuó en esta faena sensual y placentera durante un buen rato. El suficiente para que la idea del pecado, atolondrada y desfalleciente, balase la guardia y se fuera poco a poco adormeciendo.

Cuando ella sorprendió la mirada perdida de él, su expresión de éxtasis, sus labios ligeramente entreabiertos, tomó la decisión de desnudarse, y hacerlo a toda prisa. Y ahí estaban los dos cuerpos desnudos, frente a frente. Y un pequeño número de escrúpulos alados giró sobre sus cabezas, aleteó unos momentos y corrió a desplomarse en un cesto basura.

Por la mente de la mujer pasó entonces el pensamiento fugaz de que con ella estaba pasando lo que ocurría con todo conquistador: que terminaba por desnudar él mismo a su víctima, arrancarle los últimos resquemores y actuar de modo tal que ésta -ahora su novia- parecía no colaborar en el rito ni hallarse involucrada en el

peligroso y dilecto pecado que se avecinaba. Él volvió los ojos hacia ella. Se desprendió de toda ropa y se acercó, con gesto viril y decidido, hacia su amiga. La idea del pecado que antes había caído en cierto estupor, se hallaba arrojada ahora al más profundo de los sueños.

Él y ella inmolaron a un tiempo y de común acuerdo sus virginidades.

## XII

El matrimonio de Emigdio y de Andrea fue algo peor que un yerro. Devino un largo, larguísimo callejón sin salida. Ambos habían confundido lo que sería en realidad un círculo del infierno con un futuro promisorio, y no pusieron reparos en ingerir de golpe la ponzoña escondida en los párrafos, los vocablos y las letras de toda acta matrimonial. Se lanzaron a esa aventura sin defensas, anticuerpos o la sabia brújula de la cautela. A pesar de que la incompatibilidad de caracteres, gustos y concepciones de la vida se fue ahondando con el discurrir del tiempo, los preceptos ético-religiosos, las pasiones sociales, los prejuicios y prohibiciones introyectados en el hondón del ánimo de los cónyuges y más que nada la procreación de tres hijos que concitaban el amor y la protección de la pareja, engrosaron los muros de la cárcel y convirtieron el divorcio en una quimera inasequible y en un camino intransitable.

Matrimoniada, Andrea descubre poco a poco lo que significa mentirse a sí misma, perder la comunicación consigo, ser **sordomuda de si**. La fidelidad al esposo (esposo con el que, exceptuando la descendencia, los intereses de la vida cotidiana y los recuerdos, ya no tenía nada en común) significa cada día más un

hecho incuestionable: la traición a si misma. Andrea, gradualmente, como tantas y tantas mujeres, vive en carne propia este dilema: o adopta el papel preconcebido de esposa y madre -y sacrifica, o acaba por hacerlo, a la mujer deseosa de **ser** o afirma temerariamente a la mujer anhelante de realización- en detrimento de la esposa y la madre **de tiempo completo que** la presión social busca que sea. Andrea no puede continuar ilimitadamente en el primer camino porque, con los años, se ha ido gestando una verdadera subversión en sus entrañas contra la forma de vida que trae consigo, no la manera aleatoria, sino forzada e ineludible, el matrimonio. No le es dable tampoco luchar por disolver los lazos matrimoniales porque además de sospechar que el divorcio perjudicaría a sus hijos, cómo dejar de tomar en cuenta que conserva un cierto cariño por su esposo. Si la divisa central de su vida, y ahora más que nunca, ha sido y sigue siéndolo, "no te mientas a ti misma", no está en sus manos ni continuar casada ni pugnar por la ruptura conyugal. Ni, ni. Cuando llega en su reflexión a este punto, se pone a pensar en la fidelidad. Y empieza a cuestionarla, a sentarla en el banquillo de los acusados e incoar un juicio contra ella.

-En las condiciones en que vivo, la fidelidad (que

la sociedad me exige tanto o más que el propio Emigdio) me obliga a no "engañar" a mi esposo, pero sí a engañarme a mi misma. No debo traicionarlo a él. Pero sí traicionarme a mí.

Andrea halló, pues, en los amores extraconyugales con el Doctor Mendizábal -de quien se fue prendando cada vez más- la manera de autoafirmarse sin deshacer el matrimonio. No fue, desde luego, fiel a Emigdio, pero sí llevó a cabo una plena lealtad consigo misma. Por desgracia, no pudo dejar de mentir; pero su ocultamiento de la verdad era la condición imprescindible para no mentirse a si misma, la **mudez** con Emigdio traía consigo la posibilidad de no ser **sorda** a las voces de su afectividad.

Algo entrevió Emigdio de lo que sucedía en su esposa. Pero tuvo miedo de enfrentarse a la realidad vislumbrada. Prefirió convertir la penumbra en oscuridad que encender la luz.

### XIII

El matrimonio de Andrea Robles y Emigdio González prohió tres descendientes: una mujer primero y dos hombres después. Aurora González Robles acababa de cumplir sus cinco abriles cuando nació Ignacio y siete cuando vino a este mundo Humberto. En el momento en que ocurrió lo que voy a contar, Aurora tenía quince años, Nacho doce y Beto diez. La "piel de Judas" de la familia, como decía Emigdio, era Beto. Inquieto, siempre distraído, malversador de órdenes, audaz y alegre, consideraba el juego como regla de vida y las travesuras como religión. Aurora y Nacho tenían otras inclinaciones: eran estudiosos y serios, ocupados ambos en diversas ramas de la cultura humana: ella en el arte en general y la literatura en especial, él en la ciencia física y en la astronomía. El regocijo de todos, pero también el dolor de cabeza, era el menor de los hijos. Pocas veces jugaban Nacho y Beto. Nacho no soportaba la manera de ser, de hablar o de jugar de su hermano. Le repugnaba que, habiendo establecido de común acuerdo las normas de algún juego, Beto las rompía sin decir agua va y gozaba infinitamente más haciendo trampa y advirtiendo el enojo de Nacho que con los lúdicos y espontáneos avatares del juego.



Influida por los medios masivos de comunicación, la mayor parte de los muchachos, en el siglo XXI, tenía como materia prima de sus juegos, la astronomía moderna, la computación más novedosa y la robótica de vanguardia. Pero hay niños y niños. A la hora de jugar, Beto se inspiraba sobre todo en el pasado -a veces en varios siglos atrás- que le resultaba, por antiguo y alejado, más atractivo y fantasioso. Desde que vio en la TV una película de piratas, le gustaba sobremanera jugar a **eso** y poner una bandera negra -con una calavera estampada- en el palo alto de su fantasía. El día que vio **La isla del tesoro** se sintió sorprendido y embelesado como nunca porque, al correr de la cinta, no solo creyó apreciar un inconfundible y penetrante olor a ron y a tabaco en torno al aparato televisor, no sólo sintió revolotear sobre su cabeza ese nudo alado de palabras malsonantes que anidaba en el hombro izquierdo del malhechor, no sólo escuchó en el cuarto de al lado el pavoroso taconeo de una pata de palo y no sólo, por último, sintió que alguien salía de las brumas para tenderle, con el gesto de quien da la mano, el joriglífico punzocortante de un garfio sanguinario, sino que vivió una aventura de aventuras que culminaba con el hallazgo, en un cofre sepulto, de la felicidad completa y el **happy end** de sus expectativas.

Beto, desde que vio esa película, le daba por jugar y jugar a los piratas. No fue raro, por eso, el que la tarde del 16 de julio de 2021 se entregara a su juego preferido. No lo podía hacer en el jardín por que la lluvia torrencial le impedía salir de la casa. Tampoco en la sala, en el patio o en los corredores, porque, amén de ser lugares reducidos e inapropiados, Beto no ignoraba **las órdenes superiores** que le prohibían terminantemente llevar a cabo tal cosa. Optó pues por el sótano, a pesar de la luz insuficiente, de algunos trebejos regados por aquí y por allá y del viejo polvo que siempre se convertía en oscuro remolino o tornado casero cuando el febril entusiasmo del chiquillo lo arrastraba a ser compañero de travesuras o cuando, a la voz de "al abordaje, mis valientes", Beto el pirata, corría de un lado al otro, con la espada de madera en alto, dispuesto a dar la vida en el heroico encuentro con el feroz puñado de sus enemigos.

Él, el más joven pirata del barco, fue el primero en desembarcar. Y es que por más que había meditado y meditado en la palabra **temor**, no conocía su significado. Consultó el **mapa del tesoro** y comprobó que a la mitad del sótano estaba la enorme palmera a partir de la cual había que contar los pasos que,

siempre orientados al noreste, conducirían a la X señalada en el pergamino. Cuando se hallaba a mitad de la distancia que lo separaba del lugar indicado, un descomunal sujeto -el custodio inmemorial del tesoro- dio de pies a boca abruptamente con su temeridad de joven corsario.

Comenzó la lucha. Una lucha desigual en que se enfrentaba la astucia con la fuerza, la imaginación con el músculo, el heroísmo con la furia. Los rayos del sol hacían brillar su espada. Pero el garfio enemigo, como una acosada ave de rapiña, hería en diversos puntos al espacio hasta hacerlos sangrar y amenazaba con hundirse en su carne joven y audaz de intrépido pirata. Se sintió de pronto ligeramente tocado por el gancho enemigo. Seguramente su cuerpo -sudoroso- estaba lleno de sangre. Pero ¿cómo iba a detenerlo un rasguño, cuando el ímpetu mismo había encarnado en su organismo! Redobló esfuerzos: pero una estocada del enemigo lo derrumbó cuan largo era y amenazó con cortar definitivamente el aliento. Desde ahí, sin embargo, saltó fuerzas de su debilidad, de su desventaja o de su inminente derrota y logró hundir su espada hasta la empuñadura en el cuerpo monstruoso y maloliente del viejo pirata.

Beto se quedó sentado unos minutos. La oscuridad

había ganado terreno. Y las aventuras recién tenidas se fueron poco a poco desvaneciendo. No obstante, su vista, acostumbrada a la sombra, divisaba en el extremo norte del sótano, las figuras un tanto fantasmagóricas de muebles desvencijados, muñecas rotas, ruedas de bicicleta, trompos, palas, macetas, una mecedora descompuesta por años, un sinfín de armatostes, mucho polvo, una rica colección de telarañas y... una carabela gigantesca que luchaba aún con el viento contra una bruma devastadora... De pronto, llamó su atención el hecho de que el lugar de la pared donde golpeará su cuerpo al caer, había perdido los trazos de pintura y cal que hasta hoy había retenido y, descubierta, lucía un hoyo por donde se filtraba un rayo de luz. Beto se acercó al agujero. Quiso meter la mano en él, pero la estrechez del mismo -último intento de guardar su secreto- le dificultaba su propósito. Corrió al lugar de los trebejos, los removi6 por algunos instantes hasta hallar una barra de hierro y, blandiéndola gustosamente, volvió con presteza al lugar de la pared agujereada. Golpeó por aquí y por allá con la barra. No sin esfuerzo, logró finalmente agrandar la cavidad recién descubierta. Trat6 nuevamente de introducir la mano. Lo logró por fin. La curiosidad era mayor en él que el temor que podría haber sentido por las allanarlas y animalejos peligrosos que podrían vivir en

ese hueco separado del mundo. Movi6 la mano de un lado al otro. No hall6 nada. Pas6 de la valentía a la temeridad. Introdujo poco a poco su brazo entero hasta que sus dedos dieron con la pared fría, metálica, un tanto húmeda y lamosa del **cofre**. Entusiasmado, fuera de si, no dio crédito a lo que sucedía. Le fue dable apreciar la estructura cuadriforme del objeto -al tocar el vértice y los lados del mismo-, pero no pudo percatarse ni del tamaño ni de la forma concreta que poseía la figura. Sali6 entonces corriendo del sótano para llamar a sus padres.

Ya sacado de su secular escondrijo, desempolvado, colocado al centro del sótano, el **cofre** se hallaba frente a los ojos de Emigdio, Andrea, Aurora, Nacho y Beto. Este último, feliz, se pavoneaba ante los demás brincando de un lado a otro, como diciendo: "Yo, Beto, el más inteligente y audaz de la familia, encontré este **cofre** que ha de estar repleto de dinero y de joyas".

No era sin embargo el único que pensaba en eso. Todos creían tener frente a si un arca con un tesoro. En las cinco personas de la familia apareció, entre las nubes de la imaginación y los rumores del deseo, la vaga idea inicialmente y la tajante convicción después de que se hallaban,

románticamente, en el último capítulo de un cuento de piratas. Emigdio dijo:

-Voy a buscar una palanca de metal para abrir la cerradura del **cofre**.

Este último estaba cerrado a doble llave, y los intentos que hicieron primeramente los miembros de la familia, juntos o separados, por abrirlo y destapararlo, fueron inútiles. Les pareció por eso mismo atinadas las palabras del padre, y esperaron con impaciencia que tornara a ellos armado con un instrumento que prometía, con el levantamiento de la tapa, llenar los ojos de toda la familia con el brillo rutilante del oro y de la plata.

La desilusión fue sin embargo mayúscula. No había en el cofre un solo doblón. No había lingotes de oro o de plata. De joyas, telas finas, perlas cultivadas, objetos artísticos ni hablar. No había nada de ello. Nada. Salvo...

-¿Qué serán estos rollos de cuero y estos otros de metal? ¿Qué significado tendrán estos pergaminos? ¿Y este legajo de papeles y este mamotreto de documentos?-decía en voz alta, aunque más que nada para sí, Emigdio

González.

Aurora fijó los ojos en algunos textos y manuscritos y señaló

-Unos están escritos en francés, otros en latín, otros en inglés, otros más en...

-Hebreo o arameo, tal vez -completó la frase Emigdio.

#### XIV

Emigdio y Andrea no salían de su perplejidad. ¿Qué papeles eran esos? ¿Por qué se hallaban en ese escondrijo? ¿Eran importantes? ¿Auténticos? ¿Qué destino convendría dárselos?

Emigdio propuso entregárselos al padre Farías. El sabía de esas cosas y, dado que al parecer tenían que ver con el cristianismo y su historia, nadie más apropiado que él para dictaminar la importancia del hallazgo y decidir qué hacer con los manuscritos, rollos, pergaminos. Pero Andrea, respondiendo a no sé qué vaga sospecha que atravesó por su ánimo, se opuso terminantemente a tal acción, con el argumento de que un descubrimiento como el que acababan de realizar, sobre todo si resultaba significativo, no podía ir a parar a una institución religiosa como la católica que no tenía el menor escrúpulo, cuando algunos documentos antiguos caían en sus manos -como había ocurrido, por ejemplo, en el siglo XX con los rollos del Mar Muerto- en modificarlos, esconderlos o destruirlos. Propuso en cambio que unos cuantos documentos -dos o tres- fueran (¿por qué no?) proporcionados al padre Farías, pero no para que él (y la Iglesia) se quedara con ellos, sino para que diera su opinión sobre la importancia de lo encontrado. Y que



otros textos -también dos o tres- se turnaran al Profesor Ramiro Fernández -intimo amigo del Doctor Mendizábal, especializado en cuestiones bíblicas y maestro en la Universidad- para que asimismo evaluara la trascendencia histórica de los manuscritos y sugiriese qué hacer con ellos.

Tanto el padre Varias como el Profesor Fernández, cada uno por su lado, entrevieron la importancia de los **Documentos de la condesa**, como se les llamará más adelante por haber sido descubiertos en un viejo edificio de la colonia del mismo nombre en el D. F.

El intercambio de ideas entre Emigdio y el Padre Farías fue subiendo de punto. La renuencia de aquél fue cediendo terreno poco a poco ante los argumentos feroces y especiosos del segundo. Ningún individuo, ningún grupo, ninguna institución, ninguna iglesia - salvo, desde luego, la católica- podía arrogarse el derecho de determinar qué debía hacerse con un material histórico vinculado con los orígenes y el desarrollo posterior del cristianismo. Nadie. Por ningún motivo. Aquí no debe haber concesiones al liberalismo de la laxitud y a la blandenguería de la modernidad. El padre Farias insistió machaconamente en su concepción. La duda es un pecado mortal. La tolerancia un desacato. La flojedad una traición a la Sagrada Madre Iglesia. Soltó entonces su propuesta: que Emigdio y él mismo sustrajeran subrepticamente los documentos del cofre y los condujeran en secreto de la casa de Emigdio a su parroquia. Emigdio acabó por aceptar. No podía ni quería desobedecer un mandato que, proveniente de quién sabe qué lugar del cielo, era retransmitido por los labios del padre y su agudo y edulcorado canto de sirena. No supo dar con las palabras para negarse o al menos para posponer la acción y poder pensar con detenimiento el significado y las consecuencias del

acto en que se le estaba involucrando. No supo. Ni se dio cuenta de que, en el cuarto contiguo al despacho donde intercambiaba ideas y urdía decisiones con su confesor, su hija Aurora había oído si no todo lo dicho por ambos personajes, si la esencia de lo tratado y las acciones inmediatas que presuponía.

## XVI

No serian sino las nueve de la noche cuando entraron los ladrones en la casa de los González Robles. Abrieron sin dificultad la puerta de entrada. Recorrieron el patio y los corredores. Bajaron las escaleras. Caminaban de puntitas y no pretendieron nunca encender la luz. Sólo de vez en cuando susurraban algo entre dientes. Abrieron la puerta del sótano, retuvieron la respiración. Miraron a izquierda y derecha y se lanzaron, acelerada pero calladamente, en dirección al cofre. El padre Farias sacó su linterna de mano y empezó a separar los documentos que le parecían más importantes... Fue entonces cuando oyó un estruendo de voces en la puerta y se encendió la luz.

Las manos en la masa. Los ladrones enrojecieron. Durante algunos segundos no pudieron reponerse de la zancadilla que les metió la sorpresa. El padre Farías fue el primero en reaccionar:

-Estos documentos no pueden pertenecer sino...

-¿A la Iglesia católica, verdad? -rugió Andrea.

-Si, a los historiadores y teólogos de la Iglesia que custodia los principios supremos de la revelación y el raciocinio en su utilización pertinente.

Andrea encaró entonces a su esposo:

-Emigdio, has entrado a tu casa como un asaltante, ¿cómo es posible?

-Era preciso.

-¿Preciso?

-Si, lo era.

-Lo que ustedes intentaban hacer -terció de pronto el Doctor Mendizábal- no tiene nombre...

-Si, si lo tiene -dijo Aurora- Se trata de un atraco de algo que debe ser patrimonio de...

-Déjate de simplezas, hija -vociferó Emigdio.

Aurora iba a replicar, pero Andrea asentó, con actitud resuelta y tono decidido:

-Ustedes no se van a llevar un solo documento. Uno

solo.

A partir de este momento resulta imposible dar cuenta con exactitud o describir de manera minuciosa, convincente y efectiva lo que ocurrió entre estas cinco personas que, en una especie de torbellino inesperado, intercambiaban palabras, denuestos, gritos, en derredor del **cofre** rescatado y su inquietante contenido. Todos hablaban al mismo tiempo. A veces alguien pretendía explicar tranquila y detalladamente su opinión, pero otro le arrebatava la palabra y acababan los dos hablando al unísono e inmolando al acaloramiento y la pasión la serenidad, el diálogo y la tolerancia. Se habló de la fe y de la ciencia, de la Iglesia y del progreso. Se mezclaron referencias bíblicas con sucesos históricos, requerimientos culturales con problemas principios con intereses velados y recriminaciones, sueños, en fin, con mezquindades. Cada quien se vio arrastrado por la situación a mostrar sin máscaras lo que era y lo que quería. Cada quien dio de buenas a primeras con su propio descaro. Y en este amasijo de enojos y encolerizamientos entrecruzados se distinguían a veces los: "tú tienes la culpa", "era previsible que dijeras eso", "es lamentable todo, todo lo que argumentas". Los gritos resultaron de pronto

insuficientes, artillería ligera, armamento obsoleto. En adelante, comenzaron los insultos y las majaderías. Y todo hacía prever que muy pronto, a continuación de estas palabras, llegarían a las manos y habrían de tratar de dirimir sus diferencias a golpes.

En las guerras griegas había siempre dos planos: el de los guerreros en lucha y el de las deidades en combate. Un mundo estaba abajo, a ras de tierra y era visible. El otro se hallaba arriba, más allá de las nubes y era invisible. A cada conflicto humano correspondía una declaración de guerra en el Olimpo. Las arrogancias, alteraciones y desfiguros de los humanos tenían sus equivalentes, corregidos y aumentados, en los dominios de Zeus Cronida. Las pasiones no sólo se desataban entre los aqueos y los troyanos, los griegos y los medos, los atenienses y los espartanos, sino también entre Palas Atenea y Hera, entre Hermes y Hefestos y entre las mesnadas divinas de los unos y las de los otros. Aún más. Tal vez la belicosidad y las balandronadas de los pobres humanos no eran sino el reflejo de los desarreglos psíquicos de la muchedumbre de dioses neuróticos y desmesurados. En el sótano, por un instante, visible sólo para el ojo bien entrenado y para la imaginación musculosa, se dibujó en el aire, encima de nuestros cinco personajes, una suerte de mural o pintura de grandes dimensiones, trazos firmes y

colores seguros de sí. El perfil de San Pablo, las manos de san Agustín y la espada de Santo Domingo de Guzmán -y en una discreta voluta de humo la vaga efigie de la Magdalena- se veían en lucha, y en lucha a muerte, contra la duda, las otras creencias, la investigación científica, la sana filosofía representados plásticamente por rostros desdibujados, puños en alto, muecas de horror y hombros abatidos. Se trataba, no obstante, de un mural efímero que desapareció bajo las órdenes terminantes de un segundero.



## CONCLUSION

Cinco años había llevado al "equipo de especialistas" de la International Association for biblical Studies el examen minucioso, infatigable, de tiempo completo, de los **Documentos de la Condesa**. La labor fue extremadamente ardua y detallista, y no pocas veces proclive a ser subsumida en una nueva versión del suplicio de Sísifo, ya que, cuando los investigadores creían estar a punto de arribar a las conclusiones definitivas, éstas se les venían abajo y los obligaban a reemprender el alpinismo de la indagación. Las dificultades parecían el parpadeo inútil de un nudo ciego, un juego de ajedrez entre dos dioses, el cuento de nunca acabar dicho por una boca con las horas contadas. Había que descifrar antes que nada los manuscritos. Echar mano de diversos idiomas antiguos y encomendar a la paleografía, en aras de la comprensión, hacer a un lado o desvanecer siglos y más siglos. Era necesario cotejar lo que aparecía en los **escritos de la Condesa** con los evangelios canónicos y las epístolas paulinas, con los textos apócrifos, con los escritos coptos de Nag Hamadí, con los rollos del Mar Muerto, etcétera, por no hablar sino del siglo XX. Los documentos tenían que pasar la prueba del carbono 14 -y sus diversas y complejas modernizaciones- y por varias

operaciones comprobatorias que tenían a la computación como su eje Imprescindible. Muchos e Importantes manuscritos se hallaban en el legajo de documentos y rollos sometidos a investigación. Por un lado, se encontraba la **vasija de Betel**, al interior de la cual se escondía -de los ojos y de la verdad, de la luz y de la historia- el pergamino donde María Magdalena contaba qué había sucedido con el cadáver del amado al descenso de la cruz. Si el cofre templario descubierto por el hijo de Emigdio y Andrea, no hubiera contenido otra cosa que esta vasija, hubiera sido ya poseedor de un tesoro histórico inapreciable, dada su importancia trascendental y su capacidad de revolucionar conciencias. La confesión de María Magdalena mucho nos habla del carácter de su carácter, de la personalidad del Cristo histórico, de los parámetros psicosociales en que se desarrolló el cristianismo inicial, así como la conducta, las creencias y las actitudes de los apóstoles y primeros mártires de la cristiandad. El descubrimiento en el año de 2015 de los restos de un **crucificado** precisamente en el sitio donde se alzó en la antigüedad el pueblecillo de Betel, aunado a la vasija y el pergamino con la **confesión** de Maria Magdalena y a las referencias precisas, contundentes e indubitables que nos proporciona el **Diario de Cerinto** sobre la sustracción, traslado e

inhumación del cadáver de Jesús por parte de un puñado de mujeres pías y celosas del destino de los restos mortales de su Maestro, demuestra definitivamente que, históricamente hablando, no hubo **resurrección** de Jesucristo. Ni podía haberla. Éste murió crucificado, en efecto; pero fue "sustraído" a escondidas de su tumba y enterrado en otro sitio. Esta fue una de las conclusiones -con validez de hecho histórico comprobado- a las que llegó el "equipo técnico" de la Asociación. El **Diario de un filósofo gnóstico**, presente asimismo en el **cofre**, no sólo era importante y de significación histórica mayúscula por lo dicho, sino porque esclarecía porciones importantes de la vida de Jesús y ponía en claro el carácter de mellizo que tenía el Cristo histórico con Tomás apóstol. ¡Jesús no sólo había tenido hermanos y hermanas, sino que tuvo un gemelo! Las **confesiones** que el Taoma -como lo llama con insistencia el manuscrito- tuvo con Cerinto -el filósofo gnóstico que había estado en contacto con Simón el Mago y su alucinante mujer-, son de una importancia capital para rehacer la historia del cristianismo primitivo, precisar acontecimientos, lugares y fechas y sacar a aquélla del reino de lo sentimental y legendario -para no hablar de las construcciones míticas e ideológicas de la burocracia de los **episcopos**- a donde la había arrojado la ortodoxia cristiana del siglo IV. Esta

fue otra de las conclusiones, debidamente documentada, a la que los investigadores tuvieron que acceder. Les gustase o no, coincidiera con sus opiniones de siempre o entrara en flagrante contradicción con ellas, la historia, y los instrumentos documentales de que dispone, y que la avalan y le dan los contornos de **cosa cierta**, se le impuso al puñado de hombres de ciencia y el "punto de vista subjetivo" tuvo que enmudecer frente a la presencia, convenientemente demostrada, de lo irrefutable en realidad de verdad. Por otra parte, el hallazgo en Tierra Santa (año 2016) de una sorprendente lápida donde, a pesar de los siglos, no pudo esconderse, en su borramiento definitivo, una enigmática inscripción lapidaria, fue otro elemento importante en la reconstrucción de la auténtica historia del mundo judeo-cristiano primitivo. El epitafio decía -en el desciframiento que de él hicieron los conocedores: "Aquí yace Judas Iscariote, que vendió su alma al Demonio, para salvar al pueblo judío". Los investigadores no pudieron menos que vincular este extrañísimo e inquietante epitafio con las referencias que sobre Judas Iscariote aparecían en diversas fuentes -incluyendo el **Diario de Cerinto**- para concluir, **a fortiori**, que esa lápida y su epitafio eran auténticos. Aquí nos hallamos, por consiguiente, con otra de las conclusiones a las que

accedió, con nerviosa perplejidad, el grupo de investigadores y científicos de la Asociación de Estudios Bíblicos. Llegar a esta conclusión, sin embargo, era algo preñado de consecuencias para la concepción religiosa predominante en Occidente. Si, de acuerdo con los datos anteriores, Jesús el Cristo **no había resucitado, si tuvo un hermano gemelo,** si Judas había sido juzgado por alguien en Jerusalén como un **salvador** a su manera, todas las concepciones "históricas" del cristianismo inicial se desordenaban, perdían su aspecto mítico y metafísico, se deshacían de su contexto escatológico y readquirían un perfil histórico inédito, inesperado y conmovedoramente novedoso. El año de 2016 fue testigo asimismo de otro descubrimiento: el pergamino del hijo de Judas, que venía a apoyar la autenticidad de la inscripción lapidaria, a arrojar raudales de luz a la relación entre Jesús y el tesorero de la cofradía y a modificar sustancialmente la historia de Cristo y sus apóstoles. La nueva conclusión del **equipo** dictaminador fue tan paradójica, inesperada y subvertidora de todo lo establecido como las anteriores. El comité de científicos e historiadores no se limitó a analizar pormenorizadamente los **Documentos de la Condesa** y todo lo contenido en el cofre de origen templario, ni a otear primero y

obtener después un conjunto de **conclusiones** (algunas de las cuales, dada su impactante trascendencia, acabamos de mencionar), sino que tomó en cuenta una serie de descubrimientos del siglo pasado (como es el caso, además de los manuscritos de Nag Hamadi y del Evangelio de Santo Tomás, descubiertos en 1945, de los rollos -encontrados inicialmente en 1946-1949- de Qurmrán, Kenobosquion e Isa) y de otros muchos hallazgos, documentos, revelaciones documentales que dieron pie o alimentaron la elaboración enfebrecida de este libro que no tiene otro propósito que el de tremolar, cantar, espetar una crónica detallada de la manera en que la historia de Occidente fue (como Jesucristo, su Dios, su Padre amoroso, su Amado) crucificada, destruida de manera profunda e Implacable y sepultada durante siglos para volverla invisible a los inquietos ojos del hombre común. Muchos otros elementos fueron tomados en consideración por los historiadores. Mencionemos alguno, a modo de ejemplo, para mostrar cómo el pasado (o porciones importantes de éste) fue rescatándose, reasimilándose al presente, con anterioridad al advenimiento del siglo XXI, al hallazgo de los **Documentos de la Condesa** y a la formación del **equipo técnico** de la Asociación bíblica. En 1945, en efecto, se descubrió en Ostia parte del epitafio de

Mónica, la madre de la mente más lúcida de la patrística, esto es, de San Agustín. Los historiadores de la cristiandad, antes de esto, estaban al tanto de que el cadáver de la madre del Obispo de Hipona había sido trasladado a la iglesia de San Agustín en Roma el año de 1430. Pero se ignoraba dónde había sido enterrada inicialmente y en qué términos se había redactado su epitafio. Aunque este descubrimiento no modificó en nada esencial la historia del cristianismo, sí fue una pieza más, útil y enriquecedora, para reconstruir el pasado y restablecer la sucesión y simultaneidad articuladas de acaecimientos ocurridos en el pasado pero ignorados en el presente.

2021 fue el año en que pudo por fin rehacerse la historia del cristianismo primitivo y perfilarse claramente la imagen -tan desvirtuada por la leyenda, la manipulación y los deseos- del Cristo histórico. En este año se armó finalmente el rompecabezas de lo verdaderamente sucedido. De la intra-historia enterrada. En sus aspectos esenciales, claro. O en lo acaecido en el núcleo velado del acontecer. No se pudo disponer, desde luego, del cuadro completo, con sus cordilleras y montículos, sus grandes hechos y sus minucias irrelevantes, lo cual entra en el acotado dominio de lo Imposible.

La historia había sido crucificada. Crucificada permanentemente. Era un enorme **palimpsesto** en que las grafías de lo legendario se encimaban a los viejos caracteres (de la relación auténtica de los hechos a con la estulta pretensión de que lo borrado en el lienzo se esfumara en la realidad. Era, sin embargo, una hábil forma de predestigitación: la mejor manera de eliminar un texto no es darle carta abierta a la goma de borrar, sino sustituirlo por otro que responda al deseo y hasta al frenesí de los lectores.

A partir del siglo IV D.C., el **palimpsesto de la ilusión** -para darle este nombre- estaba plenamente constituido: en ello colaboraron no sólo los escribas del concilio de Nicea -los directamente encargados de las adulteraciones y el borramiento de lo escrito con lo escrito-, sino la tenacidad misionera de Pablo de Tarso y la lucidez discursiva del filósofo de Tagaste. Para bajar de su cruz a la historia, era preciso borrar y barrer de ilusiones el palimpsesto del Occidente cristiano. Desdibujar la escritura dominante para redibujar la escritura dominada. El primer paso para el reencuentro con la historia era dinamitar lo legendario, impedir el paso a la novela, amordazar a la hagiografía, sentenciar a muerte la ilusión.



Los objetivos que persiguen la historia y la novela, por ejemplo, están lejos de ser los mismos. La historia está marcada, a lo largo y a lo ancho de sus realizaciones, por el afán de reproducir el hecho, revivirlo a partir de sus premisas y sus consecuencias, comprender su significado y saber qué papel jugó y a veces sigue jugando en la fase del proceso en que se hallé incluido. La historia tiene hambre: quiere devorar y asimilar acontecimientos. Su pasión es la verdad. Pero no una verdad abstracta o sustraída del acontecer, sino la verdad histórica, es decir, la reproducción del suceso tal y como se realizó en un tiempo y en un espacio determinados. La novela tiene la pretensión, no de reconstruir lo ocurrido o reproducir lo dado, sino de narrar "hechos" de los que se puede decir que, aunque nunca han tenido lugar, parecería que pueden existir. La finalidad de la novela es, pues, no la verdad sino la verosimilitud, no lo real sino lo posible, no lo acontecido sino lo imaginado. La divisa de la historia, o a lo mejor de su utopía, es: "así fue". La de la novela: "así podría haber sido".

La llamada historia sagrada no es ni novela ni historia. No se funda ni en lo verosímil ni en la verdad. Desde el punto de vista de la lógica, se

ubica más bien del lado de lo imposible, y bajo el aspecto de la subjetividad, del lado del anhelo o, si se quiere, de las lucubraciones metafísicas urdidas por un instinto de conservación que no se quiere, ni puede, dejar convencer de que las horas de cada individuo están contadas por el ábaco inmisericorde de lo irremediable.

Un pequeño número de cristianos recalcitrantes dentro de la Asociación Internacional de Estudios Bíblicos rechazó terminantemente, allá por 2021, las evidencias históricas contenidas en el conjunto de conclusiones que, puestas en su sitio, articuladas debidamente, y con la sólida fundamentación documentada que poseían, representaban un completo viraje de la concepción histórica de Occidente. Rechazó las evidencias. Cerró los ojos. Inventó pretextos y nuevas teorías y se dedicó a desprestigiar a los hombres de ciencia e historiadores que, por obra y gracia de los **Documentos de la Condesa** hallados en el cofre templario, habían logrado poner las cosas en su sitio, armar el rompecabezas de la historia verdadera del cristianismo primitivo y rescatar en el palimpsesto de la ilusión los caracteres invisibles de la historia crucificada.

Se podrían alzar a vuelo las campanas. Si no estuviera fuera de lugar, la palabra ¡aleluya! podría acudir a las bocas de algunos valientes y a los corazones de los temerarios. El hombre de Occidente -ahora si- puede crecer, madurar, abandonar sus pequeñeces de bestezuela herida. Tal vez en el Oriente ocurra algo similar dentro de poco y acabemos por tener una idea clara del Buda histórico y el Mahoma real. Ha llegado el momento en que -en el universo mundo- los hombres se dirigirán, animosos, a enterrar a todos sus cuentos de hadas. A exorcizar por fin sus partes candorosas. A cauterizar no sé que dendritas descarriadas. Van a tomar el destino en sus manos y a jugar a las vencidas con sus miedos ancestrales. Su niñez, su adolescencia como especie, franqueará los umbrales hacia su sí mismo. El infantilismo de la dependencia, apuntalado siempre por la trascendencia, lo numinoso y el puñado de cuentos de fantasmas que nos mata de miedo y de consuelo, se vendrá abajo por vez primera. Parece haber llegado el momento, en este sorprendente año del siglo XXI, de desclavar de la cruz a la historia, darle respiración artificial, revivirla y sentarla frente a nosotros para que nos relate, con la sabiduría que la caracteriza, los viejos, olvidados pero aterradoramente significativos acontecimientos de lo ido. ¡Qué lucha

se había entablado entre el **rompecabezas de la historia** y el **palimpsesto de la ilusión!** ¡Cómo se habían mezclado sus piezas y en qué caos informativo nos encontramos los pobres humanos! ¡Qué dificultades tiene la ciencia cuando su enemigo es no sólo el poder sino el sentimiento! Pero, al parecer, el tiempo gusta de poner finalmente las cosas en su sitio. ¿Por fin le llega al hombre la posibilidad de devenir maduro y, consciente de sus limitaciones, capaz de autogobernarse? ¿Vencerá al fuetazo inmisericorde del enigma? ¿Pondrá a raya a las horas contadas? ¿Por qué quieren atrapar en una ratonera el ansia de supervivencia lucubrada por su instinto de conservación y su amor a la vida? ¿La historia, tan verdadera como fría, tiene en alguna parte algo así como un regazo materno? ¿Le es dable consolarnos?

Ahora podemos al fin abrir los ojos. Saber a qué atenernos. No estamos, no, predestinados por quién sabe qué designio urdido en el allende. No vamos a hacernos ya, desternillándonos de risa, las cuentas alegres. Vamos a saber quiénes somos, qué terreno pisamos, por qué se nos ha engatado y por qué nos hemos dejado engañar. Qué bien: cuántas velas que nos cubrían los ojos se nos vienen abajo. La verdad adviene finalmente al mundo.

¡La verdad! Por fin se halla entre nosotros. He aquí su rompecabezas armado plenamente. Las dudas tendrán que escapar con la cola entre las piernas. La verdad. Merodéala. Tómalala. Póntela, que está a la mano. Salpícame con ella. La verdad advino al mundo.

Pero el mundo se hizo el desentendido. Los relojes no se detuvieron. Cuando, tiempo después, pasó la perplejidad, y los hallazgos perdieron su lozanía y se opacó la sorpresa, los hombres continuaron escribiendo Dios con mayúscula, cerraron de nueva cuenta los párpados, creyeron hallar los pies de barro de las recientes evidencias y, a pesar de la presencia del nuevo huésped del universo, continuaron creyendo lo de siempre.